

LA TRAGEDIA DEL PRESTIGE



Les puedo asegurar que, sólo por esta vez, me gustaría que la mar no tuviese el protagonismo que está teniendo estas últimas semanas. Los medios de comunicación de esta sufrida Piel de Toro, inculta a todas luces en temas náuticos, han comenzado una vertiginosa carrera hacia la saturación y el suicidio informativo hablando de lo que no saben, y reflejando opiniones de tipos amparados en pomposas titulaciones, pero carentes de los conocimientos prácticos que la mar y sus costas requieren. Un humilde pescador del pueblo gallego de Canido, con el cutis agrietado por el salitre y el viento, negaba con la cabeza presagiando lo que él, y todos los hombres de la mar, desde hace tiempo sabíamos que iba a pasar, cuando los cuatro listos de turno, desde sus despachos en la Castellana, dieron la nefasta orden de que el Prestige fuese alejado de la costa. Todavía de forma más incomprensible para cualquier marino, terminaron por remolcarlo hacia el sur, con lo que, en caso de naufragio, su fatídica carga regresaría de forma inexorable a las costas gallegas.

Es absolutamente incomprensible que estos hombres de mar oficinistas no sepan, o hayan olvidado, que la corriente del Golfo se desplaza siempre hacia el norte, vira unos grados hacia el interior del Golfo de Vizcaya, y emprende de nuevo viaje hacia el Norte por el mar de Irlanda. Si desde el primer momento se lo hubieran llevado en ese rumbo, se hubiera partido en una zona en la que los vientos predominantes y la propia corriente alejarían el gasóleo de nuestra costa. Pero para eso era sido necesario que España contase al menos con un remolcador de altura, y que las decisiones las hubieran tomado los mandos policiales de un cuerpo de guardacostas, del que por desgracia y hasta el momento también carecemos; nunca los políticos. Estos hechos constituyen el trasfondo de tantos y tan variados y repetitivos males marinos como nos acechan.

Es verdad que España, junto con Francia, desde hace tiempo venía clamando por la puesta en marcha de la Agencia Marítima Europea, para con ello establecer un control más exhaustivo sobre la inmensa flota mercante que navega por los aguas comunitarias, amparada en pabellones de conveniencia y en naveros piratas, que pretenden mantener a toda costa sobre las aguas viejos petroleros que alquilan a precios muy bajos. Pero siempre nos hemos encontrado con la oposición de Grecia, propietaria de la mayor flota Europea. De Inglaterra, sede mundial de los contratos marítimos y residencia, por ejemplo, de la oficina marítima de Bahamas. Y de los Holandeses, que también son dueños de múltiples intereses navales repartidos por el mundo.

Así que, ahora, que les hablen a los gallegos de la construcción solidaria de Europa.

Pero los habitantes del Campo de Gibraltar, la Costa del Sol y todas las provincias litorales de Andalucía, lo tenemos muy difícil a la hora de aplicar esas normas que se pretenden, con el objeto de impedir la navegación de los viejos petroleros cerca de nuestras costas. El Estrecho de Gibraltar es un paso internacional reconocido en el Convenio de Naciones Unidas sobre el mar, por lo que, a pesar de lo que digan los políticos en desesperados alardes para que nos sintamos más seguros, este tipo de barcos seguirán campando por sus fueros a escasos metros de nuestras playas. Para evitar este constante atropello, deberemos convencer de nuevo a la Organización Marítima Internacional, como se ha venido haciendo estos dos últimos años con el informe ERIKA I, para que se cambie la famosa regla 13, que establece el calendario de retirada de las aguas de los barcos que transporten hidrocarburos, y se reduzcan los plazos para retirar de una vez los petroleros de un sólo casco.

Otra cosa muy distinta es lo que suceda en Gibraltar, generador en parte de algunos males marítimos que nos atañen. Ellos también deben empezar a tomarse en serio los asuntos del suministro de combustible en la Bahía, no sólo ya por lo que nos afecta a nosotros, sino por su propia seguridad. Los temas de los hidrocarburos son demasiado serios como para tomarlos a la ligera, y los daños que pudieran ocasionar a nuestras costas, se volverían contra ellos en un -negro y pestilente- efecto boomerang. Estoy convencido de que los gibraltareños también pretenden un futuro pare ellos y sus descendientes.

No hay mejor prevención para los asuntos de la mar que no perderla nunca de vista. Los que recurren a ella de forma ocasional e interesada siempre acaban pagando la tiranía de los océanos. Un espacio que, aunque ocupa las tres cuartas partes de nuestro Planeta, y en él se generan los cambios climáticos, la mayor parte de la gente sigue sin prestarle atención. Cuando la mar se siente mal tratada, nos manifiesta su ira en forma de tifones, huracanes, galernas y siniestra manchas negras, fruto de toda la basura que, desde tiempos inmemoriales, le venimos arrojando.